



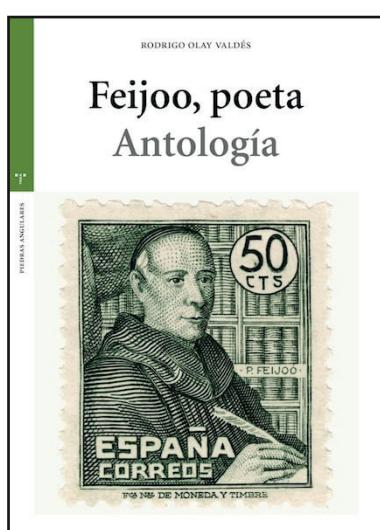
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 31 (2025)

Benito Jerónimo FEIJOO (2024), *Feijoo, poeta. Antología*, Gijón, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII – Trea (colección Piedras Angulares), 140 pp. Edición de Rodrigo Olay Valdés.



Seguramente no contemos hoy con una voz más autorizada que la de Rodrigo Olay Valdés para antologar la poesía de Feijoo. La tarea del antólogo requiere seleccionar para ofrecer una imagen veraz, informada y críticamente relevante de la obra de un determinado autor o grupo de autores. En este sentido, Olay Valdés reúne las premisas indispensables para acometer esta empresa, que son dos, a nuestro juicio. En primer lugar, el profundo conocimiento del objeto de estudio —la poesía feijoniana—, atesorado durante el desarrollo de su magnífica tesis doctoral —*Edición y estudio de la poesía de Benito Jerónimo Feijoo* (2019)—, que fue publicada como el séptimo volumen de las *Obras completas* (2019) del polígrafo ilustrado y es, a día de hoy, no solo la primera edición crítica de su poesía, sino la más completa y sin duda la mejor. En segundo lugar, la finura crítica para seleccionar lo mejor entre lo bueno y construir con ello un discurso interpretativo que de manera sintética, pero en extremo consistente, permita conocer al lector la poesía de Feijoo en sus líneas constitutivas.

Diecinueve son las poesías que componen esta antología sobre una producción total que ronda las 131 composiciones, entre las de autoría segura (107), las atribuidas (10), las traducciones (13) y también la noticia de versos que no han sido aún encontrados (1). Así las cosas, podría parecer excesivamente entusiasta o mani-

fiestamente reduccionista el juicio vertido sobre la capacidad explicativa de los poemas seleccionados, que ni siquiera alcanzan la quinta parte del total. Pero esto es así por la manera en que la se elabora, dispone y compone la antología que tenemos entre manos.

Efectivamente, diecinueve poemas pueden parecer pocos, pero no si se presentan como lo hace Olay Valdés: rigurosamente editados, organizados en grupos de acuerdo con una taxonomía específica, antecedidos de un comentario explicativo que sitúa la pieza en su contexto, anotados cuando es preciso y aderezados con imágenes alusivas que completan su significado. Todo ello después de un estudio preliminar sobre el poeta, su obra, su contexto histórico y la transmisión de sus textos, lo que facilita al lector todas las herramientas que necesita para la cabal lectura e interpretación de los poemas.

En lo que corresponde a las composiciones, como hemos dicho, estas se editan organizadas en seis grupos bien diferenciados: poemas religiosos, poemas fúnebres, poemas encomiásticos, poemas amorosos, poemas satírico-burlescos y poemas traducidos. El rigor en la conformación de hasta media docena de etiquetas diferenciadoras y la síntesis en la selección poemática hacen, necesariamente, que no sean demasiadas las composiciones que conforman cada una de las categorías antedichas.

Dos son los poemas seleccionados en el grupo de los versos religiosos: «Relación de una niña a un reverendísimo general» y el villancico que comienza «Avecilla que vuelas». El primero fluye a través de la voz enunciativa de una chiquilla —buscando «imitar el lenguaje infantil» (p. 61)— para dar la bienvenida a uno de los generales de la Orden de San Benito; lo que induce a pensar que seguramente fuese escrito para una de las obligadas visitas de los generales de esta a los diferentes monasterios que se regían bajo su gobierno. Se trata de un tipo de composición usada por Feijoo en otras ocasiones y el antólogo arriesga tanto posible cronología como destinatario del poema: Miguel de Herze, para alguna de las cuatro visitas realizadas en los meses de mayo de 1738 y de 1740. Aunque los datos manejados por Olay son en extremo convincentes, siempre se muestra mesurado y cauteloso en sus juicios, no solo en este poema, sino en todas las aseveraciones que vuelca a lo largo del libro. El villancico, por su parte, es también obra de circunstancias y fue redactado, seguramente, para una toma de hábito de monja —acaso la de Jacinta Lesaca, sobre lo que el editor ofrece convincentes argumentos.

Si los poemas religiosos que abren la antología se muestran deudores de unas concretas circunstancias históricas y sociológicas, mucho más lo son los del segundo grupo: poemas fúnebres dirigidos, respectivamente, a la muerte del monarca Luis I; a la erudita, artista, teóloga y políglota alemana Anna María de Schurman (elogiada asimismo en el *Teatro crítico*); el epitafio desenfadado pensado para su propia lápida, aunque nunca puesto en ella («Aquí yace un estudiante / de mediana pluma y labio / que trabajó por ser sabio / y murió al fin ignorante»); así como la décima en honor del astrólogo Andrés Argolio.

Cada una de estas piezas merecería de glosa detallada por la calidad de los datos aportados que facilitan la comprensión del texto y sus circunstancias, pero no son estas páginas el lugar para ello. Con todo, creemos que un par de consideraciones sobre los versos por la muerte del rey Luis I servirán como perfecta muestra del paño que es la presente antología. Feijoo escribió setenta versos para las exequias organizadas por el ayuntamiento ovetense en 1728 en honor del monarca, las cuales tuvieron lugar «en la catedral de Oviedo» —como reza el título de la pieza. En el poema, según se indica, «píntase las doce provincias, cada una con sus armas, en la forma misma que expresa la relación que se sigue» (p. 67). La tarea se canaliza a través de una décima introductoria y doce quintillas, emblemizando cada una de estas estrofas a una provincia por medio de su heráldica específica y estableciendo una relación analógica con el luto por el monarca,

ya sea por los colores de los escudos o por alguno de los motivos distintivos de estos. Lo que sería fácil de entender para cualquier lector coetáneo, pues tales códigos formaban parte de una comunidad de cultura compartida, se convierte en un laberinto semántico de difícil salida para quien se acerca hoy al texto. El editor, consciente de la dificultad, nos asiste con el hilo de Ariadna necesario para salir del embrollo interpretativo añadiendo en los ladillos de cada una de las estrofas los escudos citados en los versos, reproducidos a todo color. Reconstruye así para el lector la relación logoíónica originaria, con lo que se entienden sin dificultad versos que de otro modo habrían sido de intrincada comprensión, por más que mediasen proliferas notas al pie. Este proceder es sistemático en toda la antología, añadiendo imágenes de grabados, pinturas, mapas, manuscritos o libros que en todo momento aclaran el sentido de los textos.

El tercer grupo engloba a los poemas encomiásticos, representados por dos piezas dirigidas al rey de Suecia Carlos XII y a la venida de la infanta María Ana Victoria. El primero entronca, como explica el editor, con un tema muy fatigado por el propio Feijoo en su obra en prosa, ya que tuvo gran simpatía por este belicoso monarca. Los datos históricos que acompañan a la edición de la pieza, junto con las menciones extraídas de las *Cartas eruditas feijonianas*, permiten asimilar la estela que dejó este monarca en el escritor ilustrado. La segunda composición es «un claro ejemplo de poesía proborbónica» (p. 82) por parte de quien estuvo abiertamente alineado con la monarquía francesa, cuya dinastía lo protegió sin ambages. Aquí los versos dibujan una aparente relación de proximidad entre la enunciación lírica y la reina Isabel de Farnesio, cuya existencia más allá de lo literario hay que poner necesariamente en cuarentena, pues como aclara Olay, «pese a tan explícitas declaraciones de afecto, no contamos con demasiados datos para historiar la relación entre Feijoo y Farnesio» (p. 82).

Siguen a estos los amorosos y los satírico-burlescos, que por cantidad (y acaso también interés) conforman el núcleo principal de la antología. No en balde, de las ochenta páginas de poemas antologados, este grupo supera la cincuentena, pese a agrupar cuatro y seis poemas, respectivamente, aunque de notable extensión en varios casos.

Así ocurre, por ejemplo, con la pieza que abre el bloque de los amorosos, que es un romance de casi doscientos versos sobre la «Explicación rigurosamente filosófica de lo que es el “no sé qué”». La llamativa manera de etiquetar lo inefable o la «indefinible belleza» (p. 85) y la solución que ofrece el erudito ilustrado han hecho que esta composición sea la más citada y conocida de sus escritos poéticos. Aclara el editor que, frente a lo defendido en interpretaciones pretéritas, «en modo alguno se pretende reivindicar el “no sé qué”, sino resolver de una vez su definición» (p. 85). En similar grado de interés se sitúa el siguiente poema, dirigido a las hermanas Cienfuegos, en el que se expresa el ideal poético feijoniano, que aúna la naturalidad expresiva con la elaboración retórica. Igual que ocurre en el primer caso anterior, también estos versos fueron largamente interpretados desde una óptica romántica (o prerromántica), cuando en realidad se trata, como explica el editor, «de una descripción empírica de las propias impresiones sensibles» (p. 93). Pero la temática amorosa no solo sirve a Feijoo para indagar en los abismos o recovecos de la expresión poética, sino también, y muy en gran medida, como soporte para prácticas de sociabilidad literaria similares a las usadas en sus composiciones religiosas, fúnebres o encomiásticas. Así se constata en las «Liras a una despedida», obra de competición y emulación nacida de un texto previo de Eugenio Gerardo Lobo y que debe entenderse como resultado de prácticas literarias en donde es moneda de intercambio común el manejo de tópicos harto conocidos desde posicionamientos distintos: barrocos aún en el numen de muchos contemporáneos o decididamente clasicistas en manos de Feijoo. También en el ámbito de la parodia y de la sociabilidad íntima, por «concebido para

círculos de mucha confianza» (p. 106), se ubica la «Relación jocosa para un enamorado», que cierra este cuarto bloque.

Por su parte, los seis poemas satírico-burlescos ofrecen una imagen complementaria del Feijoo visto hasta ahora, en donde se conjuga la fina ironía crítica con el orgullo intelectual de quien no acepta que se le tosa ni se le ponga lunar alguno a su obra. De lo primero son buen ejemplo los versos del romance «A un fraile apóstata de la Merced», dirigidos a José Antonio Reyero de Lavandera, tenido por charlatán insufrible; al descubrimiento de las causas «Contra el falso milagro que se publicó en el Puerto de Santa María» en el Corpus de 1747, explicable como un «fenómeno óptico, causado por la reflexión de una imagen del santo en la pantalla de la hostia» (p. 122); o las décimas contra los hombres públicos, que constituyen un fino decálogo del perfecto político con versos que tienen una desoladora validez y actualidad en el momento presente. De lo segundo (el orgullo intelectual de Feijoo), son buen ejemplo el centenar de versos compuestos con motivo del «Descubrimiento del autor de un entremés satírico que salió en la corte de Oviedo contra el autor». Seguramente es respuesta al romance castellano que comienza «Contarte, Ventura, un caso / cómicamente pretendo...», según conjetura el editor, quien aclara las circunstancias cronológicas y literarias de esta disputa poética.

Se cierra la antología y el libro con un bloque final rotulado como «Poemas traducidos» (en plural), que recoge tan solo un soneto francés de Bernard le Bovier de Fontenelle. Explica el editor que Feijoo también se ocupó de traducir un corpus mínimo de poemas franceses e italianos que «ha pasado desapercibido» (p. 137). Son muestra de otra de las facetas del ilustrado y de su relación con otras culturas y tradiciones poéticas. Acaso se podría haber incluido una muestra italiana con que redondear hasta treinta la selección y hacer justicia al plural con que se rotula la sexta y última de las categorías genérico-pragmáticas en que se divide la poesía feijoniana. Esto es solo un deseo de quien querría leer más de esta veta traductológica feijoniana, pero en modo alguno supone desdoro al magnífico trabajo realizado, al que poco o nada se podría añadir o corregir, pues los anhelos del lector sobre un mayor número de poemas que ayudaran a equilibrar los bloques no se corresponden con la realidad, interés e importancia del corpus poético feijoniano, desigual en lo cuantitativo y cualitativo. Tampoco, por supuesto, con el objetivo del libro, que es el de antologar: seleccionar una parte del todo.

El libro en su conjunto está limpísimo de erratas, aunque Titivillus hace de las suyas en alguna que otra página, cambiando «recordar» por «recodar» (p. 21) o dividiendo incorrectamente a final de línea la palabra «originales» (p. 51). La edición de los poemas, igualmente, se presenta pulcrísima y cuidada hasta el extremo, eliminando todo el aparataje filológico y de anotación especializada con que contaba su edición crítica de 2019, mencionada arriba. Acaso se podría discutir la puntuación de algún pasaje específico o de las comas en las oraciones consecutivas —v. g. «son tan menudos, que apenas» (p. 88, v. 94) o «tan humilde, que recibe» (p. 111, v. 27)—, las cuales, aún siendo reclamadas por la prosodia, no encajan bien con la sintaxis. Sin embargo, entrar en estos pasajes mínimos sería cicatería de reseñista quisquilloso para con una obra que merece saludarse con el mayor entusiasmo.

Olay Valdés, con excesiva humildad o acaso prevención, declara como objetivo del libro «divulgar mediante esta pequeña antología uno de los corpus poéticos más significativos de la Ilustración temprana» (p. 11) y ofrecerla teniendo en cuenta «la posible aplicación didáctica de estos materiales» (p. 53). La primera sentencia requiere de explicación. Si se entiende «divulgar» en su literalidad de ‘publicar’, ‘extender’ y ‘poner al alcance del público algo’, el empeño se cumple con creces. Si lo entendemos desde su étimo latino (*divulgare*) con el sentido de ‘dar algo al vulgo’, la tarea de Olay es correctora del

pecado de ese ‘conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial’, entre los que se incluye (o incluía) quien firma estas páginas. Con esta antología queda meridianamente claro, sin necesidad de leer su producción completa, que la dimensión poética de Feijoo vuela a una cota de gran altura estética y de pensamiento, que tuvo notable impacto en su época pese a publicar en vida únicamente tres de sus composiciones y que, por ende, está necesitada de más análisis crítico y de un reposicionamiento en el canon de la historiografía literaria.

Después de los trabajos previos de Olay y de esta antología destinada a un público amplio, tanto especializado como neófito, se diría que el objeto de estudio está explicado y agotado por completo. Sin embargo, las informaciones, interpretaciones y elucidaciones que ofrece el erudito feijoniano constituyen un estímulo para continuar indagando en el corpus poético del escritor —por si hubiera todavía algunos versos manuscritos en los anaqueles de algún archivo privado—, así como también en las fuentes de su poesía y en su poesía como fuente de escritos coetáneos y posteriores. El libro que tenemos entre manos cumple con creces su propósito divulgador y didáctico, constituyendo un instrumento indispensable para iniciarse en la poesía de Feijoo e incluso también en la del período de la primera Ilustración. En suma, un libro antológico que enseña sobre el Feijoo poeta (pues lo fue, aunque haya aún quien lo niegue) e invita a pensar sobre la poesía ilustrada, abriendo sugerentes caminos para exploraciones futuras.

Ignacio GARCÍA AGUILAR
<https://orcid.org/0000-0003-2894-9798>

